

Guerra y milicia en 1642

El año del ataque portugués a Sierra de Gata



JUAN ANTONIO CARO DEL CORRAL

Sierra de Gata, situada al nordeste de la provincia de Cáceres, puede presumir hoy de ser una de las comarcas naturales más conocidas de Extremadura, gracias a factores como su riqueza paisajística y avifaúnic, o un patrimonio cultural muy interesante, tanto etnográfico como monumental.

Esta bella tierra es fruto, también, de un legado histórico inmenso, que hunde sus raíces hasta alcanzar los tiempos más antiguos. La variedad de yacimientos arqueológicos existentes lo demuestran cada día.

De la historia colectiva de los pueblos serragatinos se han escrito muchas páginas, facilitando que a través de ellas podamos recorrer todo el proceso evolutivo de la comarca.

Al analizar, de forma separada, la historia particular de cada localidad, seguramente encontraremos que en el discurrir de esa larga línea, todas tuvieron sus respectivos momentos de gloria y decadencia; incluso nos atrevemos a decir que hubo etapas en las que los habitantes serranos compartieron, al unísono, idénticas vivencias, buenas y malas.

Sin duda alguna, si tuviéramos que destacar, por su importancia, uno de esos momentos de recuerdo colectivo, elegiríamos el siglo XVII.

Aquella centuria, aunque con sus luces, fue en general un tiempo de grandes calamidades que azotaron por igual a la gran mayoría de poblaciones gateñas. Especialmente los años comprendidos entre 1640-1668 resultaron muy violentos, y su huella perdura imborrable en la memoria de la sierra.

Por entonces tuvo lugar la llamada *Guerra de Restauración* de Portugal, mediante la cual nuestros vecinos lusitanos lucharon para desligarse de la monarquía de los Austrias, a la que llevaban unidos desde el año 1580 cuando el rey español, Felipe II, hizo valer su legitimidad para ostentar la corona portuguesa, una vez que ésta quedó vacante, tras la muerte del joven Sebastián I en la batalla de Alcazarquivir, dos años antes.

Desde aquel lejano 1580, en el gobierno de Portugal sucedieron al monarca castellano los reinados de Felipe III y Felipe IV. Fue en tiempos de éste último cuando, por diversos motivos, la animadversión hacia el trono español, por parte de los súbditos portugueses, alcanzó su máximo apogeo, terminando por desatar, el 1 de diciembre de 1640, la revuelta independentista que daría paso a la guerra que hemos nombrado anteriormente.

Veintiocho largos años duró aquel conflicto armado, que iba a suponer unas consecuencias muy negativas para la monarquía castellana; no sólo porque terminaron concediendo el deseo de libertad a los sublevados, sino porqué, también, durante aquel prolongado tiempo, España, y sobre todo las provincias más próximas a Portugal, sufrieron un enorme desgaste, muy visible en los ámbitos demográfico y económico.

La tierra de Sierra de Gata, y por ende todos los pueblos que la forman, debido a su ubicación junto a la frontera lusitana, fue una de las zonas dónde los efectos negativos de la guerra se hicieron notar con mayor evidencia. Así lo confirman numerosos estudios e investigaciones.

Un elevadísimo porcentaje de estos trabajos han basado buena parte de sus conclusiones en el análisis de diversos factores, dando primacía a aquellos de naturaleza sociológica, tales como la evolución de los índices poblacionales. En cambio, llama la atención que ninguno haya utilizado el punto de vista que, en teoría, y según nuestra opinión, guarda una relación más directa con el objeto de investigación. Nos referimos al aspecto militar, entendiendo por éste el del estudio de una serie cronológica de acontecimientos caracterizados por el enfrentamiento armado entre dos o más rivales, es decir, aquello que mejor simboliza la existencia de una guerra en sí: el combate. Tal descuido investigador no es sólo característica para estudios serragatinos, pues alcanza aún a toda la región extremeña que, como bien se sabe, fue, precisamente, el centro de gravedad de los sucesos militares que tuvieron lugar durante el conflicto hispanoportugués. Y sin embargo, a fecha actual, no existe obra monográfica que trate el aspecto militar del mismo.

Como venimos apuntando, salvo contadas excepciones, apenas encontramos alusión puramente bélica en las publicaciones que tienen como

referencia la Restauración portuguesa en el marco escénico de Sierra de Gata. Tan solo un libro, redactado a mediados del siglo pasado, gracias a la elocuente pluma del insigne peraliego, don Gervasio Velo y Nieto, se ha ocupado con interés de la historia militar serragateña. Desde entonces, a cuentagotas, han ido apareciendo noticias, y casi siempre, insistimos, poco o nada vinculadas a la temática castrense.

A paliar ese silencio informativo pretende contribuir, modestamente, este trabajo que hoy publicamos.

Para ello, dada la escasa bibliografía que existe, hemos tenido la obligatoriedad de rastrear información entre los ricos fondos de un selecto grupo de instituciones documentales. Afortunadamente, la laboriosa tarea ha obtenido feliz recompensa, pues hemos hallado, y recopilado, noticias suficientes como para saciar nuestro apetito de conocimientos y lo que es más importante aún, ofrecer con ello novedosos datos acerca de la historia de los pueblos de Sierra de Gata en el transcurso de la *Guerra de Restauración* de Portugal.

Ofrecemos a continuación una primera entrega de nuestras pesquisas, que va a centrar su atención en el relato de uno de los sucesos de armas que más repercusiones tuvo en toda la jurisdicción serrana pues, no en vano, se trata, con seguridad, del acontecimiento cuyo recuerdo se ha mantenido vivo con mayor arraigo, lo cual demuestra la importancia que tuvo en su momento.

Pero, antes de entrar en materia, daremos unas breves pinceladas sobre la situación serragatina, las cuáles nos servirán de prólogo para comprender mejor lo que posteriormente vamos a narrar.

SIERRA DE GATA ANTE LA GUERRA DE RESTAURACIÓN DE PORTUGAL

La noticia del estallido independentista portugués a comienzos de diciembre de 1640, corrió como la pólvora por toda la frontera extremeña y, como es de suponer, dada su cercanía a la Raya, los pueblos serranos fueron de los primeros en conocer lo sucedido en la capital lisboeta.

Enseguida, desde Madrid, dictadas por la Junta y Consejo de Guerra, comenzaron a llegar numerosas órdenes que tenían como objetivo organizar la defensa y seguridad de todos los lugares de frontera, entre ellos la sierra.

Lo más urgente fue aglutinar en varias jurisdicciones a los pueblos extremeños, con el fin de rentabilizar y administrar lo mejor posible sus recursos para poder hacer frente al enemigo portugués; al mismo tiempo, se entregó el mando militar de cada uno de esos distritos a aquellas personas que se suponía podían realizar la tarea con garantías suficientes.

De este modo la gran mayoría de localidades serragatinas fueron adscritas al distrito que tenía su comienzo en las estribaciones montañosas del norte, junto a Valverde del Fresno, para a continuación ir descendiendo hasta alcanzar los límites de Alburquerque, hacia el extremo sur, es decir, un extenso territorio que, básicamente, comprendía la zona próxima a Portugal, toda ella ubicada en el flanco más occidental de la actual provincia de Cáceres.

Para dirigir tan vasta extensión se eligió a un noble capaz y con intereses materiales en aquella jurisdicción. Se trataba de don Iñigo Vélez de Tasis, conde de Oñate y Villamediana, quien asentó su cuartel general en la plaza de Alburquerque, controlando desde allí la totalidad del distrito. No obstante, para facilitar la administración del mismo, el de Oñate estimó oportuno dividirlo en dos partes, tomando como línea de separación el curso del río Tajo. Así pues los pueblos de Sierra de Gata quedaron agregados al sector norte, que tuvo su sede en la localidad de Alcántara. Por otro lado, como la abrupta orografía serrana dificultaba mantener un sistema de comunicación aceptable con la base central alburqueña, el conde designó a un delegado de su confianza, para que fuera éste quién gobernará más directamente toda la sierra.

A pesar de esta compartimentación, los primeros momentos despertaron muchas dudas del poder real de mando que tenía don Iñigo sobre el conjunto de pueblos serragatinos. Ello se debía a la cercanía de la banda fronteriza de Ciudad Rodrigo, dónde a su vez se había creado otro distrito, cuya cabeza gubernativa era el duque de Alba.

Las disputas entre el noble Guzmán y el de Oñate sobre la pertenencia concreta de localidades como Gata, Perales, Hoyos, San Martín, Acebo, La Torre, Villamiel..., a sus respectivas jurisdicciones, ralentizaron, e incluso entorpecieron, la correcta organización de la defensa serrana, siendo necesaria la intervención de la Junta Central de Guerra para aclarar, definitivamente, cuáles tocaban a uno y cuáles a otro.

La ciudad de Coria fue la pieza fundamental de aquellas discusiones, pues hay que tener muy en cuenta que la guerra requería disponer de un presupuesto, tanto económico como humano, bastante elevado, y la urbe coriana era, por entonces, el mayor y más rico enclave poblacional de toda la zona. Precisamente, de ella dependían varios de los pueblos gateños, sobre todo los situados más lejos de la línea divisoria con Portugal y por lo tanto menos expuestos a los peligros de la incipiente guerra (Robledillo de Gata, Descargamaría, Torrecilla de los Ángeles, Villasbuenas de Gata) Con semejante ventaja, es obvio que tener aquella plaza bajo dominio

significaba poseer un almacén aceptable de recursos militares y un grado mayor de seguridad respecto a los ataques del enemigo, así que no resulta extraño que los altos mandos debatieran para conseguir tan suculento botín. Al final fue el de Alba quien se llevó el gato al agua, mientras Oñate tuvo que consolarse con obtener jurisdicción sobre poblaciones menos opulentas y más fronterizas, caso de Valverde, Eljas, y Cilleros.

Independientemente de quién gobernase en unos lugares u otros, lo que nos interesa conocer es cómo se organizó la defensa militar de la comarca en su conjunto.

Para tratar esa cuestión hemos de comenzar hablando sobre el reclutamiento de soldados, pilar indiscutible si quería mantenerse un ejército capaz de afrontar los complicados retos que se vaticinaban.

Los datos no son nada halagüeños al respecto, pues encontrar hombres capaces para empuñar las armas, fue tarea francamente difícil. Un examen de la correspondencia emitida por Oñate y el duque nos confirma este grave problema, ya que continuamente ambos se quejaron de la escasez de gente, a lo que sumaban su nula experiencia militar. Para empeorar la situación, los pocos soldados que pudieran haber aportado algo de veteranía y profesionalidad, se encontraban sirviendo ya en el ejército, pero muy lejos del frente portugués, pues lo hacían peleando en la guerra abierta en Cataluña.

De este modo, la tropa resultante de los procesos de alistamiento se encontró formada, en su mayor parte, por los propios habitantes serranos que, acostumbrados a las rutinarias faenas del campo, desconocían en muchos casos el manejo de armas de fuego, las tácticas de combate, e incluso la necesaria disciplina para iniciar la vida castrense.

¿Cuántos hombres fueron movilizados para servir en el denominado *Real Ejército de Extremadura*? No podemos determinar una cifra que permita conocer su número exacto. Los Informes que se conservan, mencionan aparte de ser escasos, son también algo parcos en sus resultados; e incluso llegan a existir diferencias de unos a otros, pese a haber sido elaborados en fechas muy próximas entre sí. Por otro lado, no hay que olvidar el grado de subjetividad que tienen tales documentos, ya que muchas veces el contenido dependía de quién fuera el responsable de redactarlos y su destinatario, pues los solía utilizar para favorecer sus intereses: unas veces se exageraba y otras no se decía toda la verdad.

Aún con estas deficiencias, podemos contar con varias Muestras de Tropa que dan una ligera idea de la militarización soportada por la vecindad serragatina. Una primera se fecha a mediados de 1641, cuando se

contaba con unos 300 efectivos formando un par de compañías. En un segundo momento, un año posterior al antecedente, el número supera los 450 reclutados, si bien hay que matizar que muchos son soldados procedentes de otras circunscripciones cercanas (Plasencia) y que de los propios naturales de la sierra hay una sola compañía. Estos datos se refieren a los pueblos gobernados por el conde, mientras que para los de Alba sabemos que a comienzos de abril, en San Martín de Trevejo, se habían juntado 121 soldados, y en la circunscripción Villamiel-Trevejo, 98.

Interesa destacar que toda esta milicia no recibía sueldo a cargo de la monarquía y por lo tanto no se la consideraba tropa oficial, sino que actuaba a modo de fuerzas auxiliares, que debían entrar en acción cuando las necesidades lo estimasen oportuno; mientras tanto permanecían en reserva, movilizados indirectamente.

Para concluir con los informes de reclutamiento, citar dos relaciones nominales, característica que no suele ser frecuente en la documentación conservada. Una, elaborada el 30 enero de 1641, con 39 hombres alistados en la localidad de Gata; otra, del mes de mayo, donde se recoge el nombre de 24 soldados, también convocados en la localidad gateña.

El sistema comúnmente utilizado para reunir tropa fue el del repartimiento, que consistía en el cupo de hombres que cada localidad tenía que entregar, obligatoriamente, en proporción a su número de habitantes. Pero como el resultado de este modelo no siempre estuvo acorde con las expectativas, de forma paralela se pusieron en práctica otras formas de reclutar. Así, en más de una ocasión, la corona negoció con particulares el levantamiento de compañías. Conocemos un caso de esta tipología, que tiene por protagonista al capitán Cosme de Arguello quien, por cierto, al poco tiempo de tomar bajo su responsabilidad organizar una recluta, fue denunciado debido a las artimañas que empleó para desarrollarla. El cargo más grave que se le imputó aseguraba que en los pueblos de Villamiel y Acebo el capitán había aceptado sobornos para no alistar a varios vecinos. Y es que muchos de éstos, para escapar del servicio militar, no dudaron en aceptar las duras condiciones que oficiales corruptos, como el citado, les proponían. Se destapaba así una siniestra trama en la que, finalmente, los mayores beneficiados eran aquellos que con mayor rigor y ejemplo debían cumplir y hacer cumplir las ordenanzas.

Para profundizar la crisis relativa a la falta de soldados, otro problema añadido, muy habitual junto a las corruptelas, fue el de la desertión masiva de la gente ya alistada. Los motivos para huir eran variados, pero casi siempre basados en el miedo a sufrir las incomodidades de la vida militar,

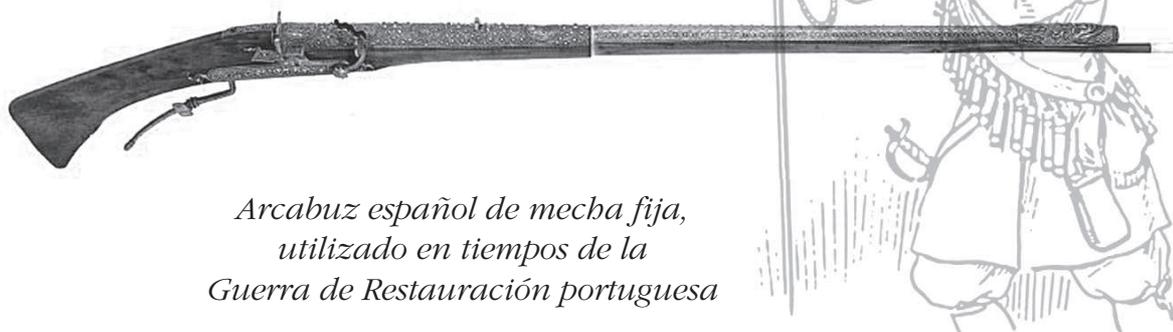
pues si ya era penosa la condición de tener que servir obligatoriamente, peor aún tener que hacerlo con unos medios precarios que provocaban indisciplina a todos los niveles, desde el soldado raso hasta el oficial de graduación. El caso más claro vuelve a conectarnos con el capitán Arguello, bajo cuyo mando, un tanto despótico, aguantaban muy pocos hombres.

¿Cómo se armaban y servían estos soldados? A la primera parte de esta pregunta podemos responder diciendo que dotar de lo necesario a las milicias para ejercer sus funciones militares fue siempre asunto muy complicado. Todo dependía del dinero existente en caja, casi siempre un bien muy escaso. Por esta razón, la mayor parte de los fondos económicos para sufragar, armar y mantener a las tropas salió de los mismos pueblos serragatinos. Pero, como las arcas municipales tampoco eran boyantes, hubo que buscar nuevos modelos de financiación con el objetivo de suplir las faltas. En este sentido sabemos que en mayo de 1641 se firmaron varios contratos mediante los que se proveía de caudales a la tropa reclutada en la sierra. El cuadro siguiente resume las cantidades recaudadas y sus respectivos conceptos:

Localidad	Facultad concedida	Fincas afectadas	Cantidad total
Moraleja	Tomar prestado dinero del Pósito Municipal: 200 ducados, devolviéndolos en 1 año. Labrar, durante 2 años, los baldíos, obteniendo 200 ducados por ello.	Baldío de la bellota	4.400 reales
Cadalso	Arrendar, durante ocho años, la dehesa por 100 ducados. Tomar prestado dinero del Pósito Municipal: 100 ducados, devolviéndolos en 1 año.	Dehesa de Arriba	2.200 reales
Gata	Labrar, durante dos cosechas, la dehesa por 100 ducados. Tomar prestado dinero del Pósito Municipal: 100 ducados, devolviéndolos en 1 año.	Dehesa del Fresno	5.500 reales
Eljas	Por carecer de arbitrios comunales, se accede al reparto de 200 ducados entre todos los vecinos.		2.200 reales
Torre de don Miguel	Por carecer de arbitrios comunales, se accede al reparto de 400 ducados entre todos los vecinos.		4.400 reales
Navasfrías	Por carecer de arbitrios comunales, se accede al reparto de 100 ducados entre todos los vecinos.		1.100 reales

Con el dinero aportado por el común de los concejos se suministraba a los soldados una pequeña cantidad, a modo de sueldo, para que pudieran mantenerse, y que no solía sobrepasar de 1 real al día. También se compraba trigo, o pan ya amasado, del cual se le entregaba a cada hombre una hogaza, de dos libras y media de peso, por jornada, cuyo precio se estimaba en 13´5 maravedíes.

Y en cuanto a las armas utilizadas, la documentación habla de picas, arcabuces, mosquetes, pistolas y espadas. Una parte de este arsenal procedía de requisas realizadas en los pueblos, en cuyas casas solía haber simples escopetas de caza; de éstas se seleccionaban las mejores, cuyos mecanismos eran modificados para adaptarlos a las exigencias de una guerra viva. El resto del armamento, más sofisticado y útil, lo proveía la monarquía. Toda la armería se custodiaba en el cuartel central de Alburquerque, y desde aquí se distribuía por cada una de las guarniciones existentes en el distrito, atendiendo a las necesidades y número de tropa. En un principio las armas se repartían sin pedir contraprestación alguna; pero ante los continuos problemas de robos y el poco interés que se ponía para fomentar su buen uso y cuidado, fue necesario que los vecinos pagasen el material previamente a su entrega, lo que conllevaba a elevar la factura económica anteriormente aludida.



*Arcabuz español de mecha fija,
utilizado en tiempos de la
Guerra de Restauración portuguesa*

Varias veces hemos citado en este artículo a la localidad de Gata, y no precisamente por casualidad, ya que esta población se convirtió en el centro administrativo y militar de la comarca serrana. En ella residía la máxima autoridad castrense, y hasta aquí llegaban los hombres reclutados en el resto de la comarca para, después de haber pasado Muestra, ser redistribuidos por los diferentes cuarteles serragatinos.

Gata, al igual que ocurrió con Coria, fue muy disputada por Oñate y el duque de Alba, no siendo hasta finales de mayo cuando quedó definitivamente bajo el radio de acción del de Villamediana, que también recibió otras diez

aldeas sobre la cuales Gata tenía poder jurisdiccional al ejercer de cabeza de partido. Entre éstas, las más importantes eran Cadalso, Cilleros, Eljas, Hernán-Pérez, Moraleja, Santibáñez el Alto, Torre de D. Miguel y Valverde del Fresno.

Militarmente hablando, el pueblo de Eljas fue el que alcanzó mayor relevancia. Poseía uno de los castillos mejor conservados, utilizándose como base por la guarnición que defendía la localidad. Desde comienzos de la guerra, cada noche asistían en él una guardia mínima de 8 hombres, que generalmente procedían de los dos pueblos más próximos: Valverde y San Martín de Trevejo.

Eljas tenía una alta concepción geoestratégica, pues se hallaba situada a muy poca distancia de la frontera con Portugal. Precisamente, al otro lado de la raya, haciéndola frente, estaban las poblaciones de Penamacor, Alfaiates y Sabugal, todas ellas plazas fuertes que alojaban buena parte del ejército rebelde. Por eso resulta lógico que Eljas se convirtiera en el principal punto de defensa de la serranía. Era su puerta de entrada desde el lado portugués y por lo tanto arbitro de control y escudo protector del resto de la comarca. Así lo confirma un documento fechado a 30 de enero. En el mismo se refiere cómo obedeciendo órdenes superiores del conde de Oñate, la compañía de Eljas había apresado a un grupo de lusitanos que pretendían regresar a su país después de haber cerrado tratos comerciales en el cercano pueblo de Torre de don Miguel. Y también relata las noticias que, esos mismos soldados, sirviendo de espías, traían acerca del estado en que se hallaban las poblaciones enemigas de Alfaiates y Sabugal.

* * *

En fin, conocida, a través de los párrafos anteriores, la situación general de Sierra de Gata en lo que se refiere al aspecto militar, estamos en condiciones de abordar el asunto principal de nuestro trabajo que, como avanzamos, no es otro que narrar uno de los acontecimientos más importantes, y posiblemente el primero, de todos cuantos tuvieron como escenario a la comarca serragatina en el transcurso de la Guerra de Restauración de Portugal.

Vayamos, pues, a la tarea.

1642, LA SIERRA LEVANTADA EN ARMAS

Los meses posteriores al levantamiento portugués de finales de 1640, estuvieron caracterizados por un alto grado de nerviosismo. Las poblaciones

serranas, y en general todo el distrito comandado por Oñate, hervían en continuos preparativos: mejorar los sistemas defensivos, reclutar soldados, almacenar víveres, recaudar dinero para hacer frente a los excesivos gastos..., en definitiva, aclimatarse a unos tiempos que se preveía iban a ser especialmente violentos. Así transcurrió todo el año 1641.

A pesar de esa frenética actividad promilitar, la guerra como tal no tuvo efectos inmediatos, al menos de forma oficial. Cierto es que era fácil ver soldados y traslado de tropa de unos lugares a otros, pero a lo largo de aquellos primeros meses apenas se dieron situaciones de enfrentamiento armado entre los dos bandos antagonistas. El conde de Oñate y Alvaro de Abranches da Cámara, que era quien gobernaba las armas en el lado portugués confinante con el distrito serragatino, se cuidaron mucho de no alterar aquel estado de tácita paz, dedicándose en exclusiva a organizar la defensa de sus respectivas jurisdicciones. A finales de aquel año ambos fueron sustituidos, correspondiendo el relevo del conde al caballero irlandés Guillermo de Burgo, mientras que el puesto de Abranches vino a ocuparlo Fernao Teles de Menezes.

Estos dos personajes acordaron respetar los pactos de no agresión de sus antecesores, continuando también los trabajos de prevención en espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. En cambio la población civil de ambos lados, debido a la tensión creciente, acabó por destapar su belicosidad, dando inicio a correrías de pillaje.

Fueron acciones de escasa importancia, pero muy repetitivas. El objetivo consistía siempre en robar ganado, destruir elementos defensivos y quemar terrenos agrícolas. Estas incursiones las protagonizaban grupos reducidos de vecinos, que buscaban aprovecharse de la anarquía reinante para vengar afrentas pasadas y obtener algún botín con que mejorar sus delicadas situaciones personales y familiares, muy mermadas ante la presencia constante de tropas en sus pueblos y la sangría económica que conllevaba el alojamiento y manutención de las mismas.

Para dar sus golpes de mano elegían aldeas de poca envergadura, a ser posible sin guarnición ni barreras protectoras, que contaban sólo con el valor de sus habitantes para repeler los ataques. Muchos de estos lugares, que generalmente eran simples alquerías y majadas de pastores, se encontraban en la vertiente norte de la sierra, haciendo frontera con tierras de Ciudad Rodrigo.

Uno de aquellos villorios fue Forcalhos, en el cual, durante los días invernales de febrero de 1642, los vecinos serranos robaron varias cabezas de ganado a pesar de intentar impedirlo Bras García de Mascarenhas, que gobernaba el cercano castillo de Alfaiates.

Dio aviso este oficial de todo lo que ocurría a Fernao Teles quien, en respuesta a dicha agresión, ordenó saquear un pueblecito mas al sur, llamado Casillas de Flores, que quedo arruinado por completo, sobre todo su iglesia, de la cual se llevaron muchos ornamentos que más tarde fueron devueltos tras un nuevo acuerdo firmado por De Burgo y Teles, que deseaban a toda costa imponer la paz en aquella frontera.

Pero los vecinos, desmarcándose de las órdenes superiores, reiniciaron sus entradas de saqueo en tierra del contrario de forma recíproca. Fue entonces cuando algunos pueblos de Sierra de Gata, en concreto Eljas, Valverde del Fresno y San Martín de Trevejo, sintieron, por vez primera, los rigores de la guerra. Sus habitantes tardaron poco en responder, y a mediados de marzo optaron por atacar la aldea de Foios, de dónde, según los testimonios, se llevaron más de 1.000 presas de ganado menor.

Aquel lance resultó decisivo para el futuro más inmediato, pues las anheladas paces dejaron definitivamente de ser respetadas, ya que *“... e parecendo a escusa pretexto de romper a guerra, ou dissimulação para roubar sem perigo, se resolveu Fernao Teles a nao tornar a aceitar práticas artificiosas, e a se livrar do dano que traz consigo guardar a palavra sem correspondencia...”*.

Todo indicaba que ahora sí iba a comenzar una guerra de verdad.

Efectivamente. La entrada de la primavera consolidó una excelente climatología, y por esta misma razón fue una época benigna para que los movimientos de las tropas en liza se desarrollaran con absoluta facilidad.

Fernao Teles ya había entablado conversaciones con todos sus oficiales, quienes le transmitieron infinidad de quejas de los habitantes de las respectivas plazas dónde les correspondía el gobierno de las armas. Todas se resumían en lo mismo: un día sí y otro también se producían noticias relativas a robos y otro tipo de desgracias causadas por los castellanos. Por lo tanto no hubo más titubeos a la hora de decidir entrar en acción, cosa que, por otra parte, le solicitaba urgentemente el monarca Juan IV, que quería extender la guerra a lo largo de toda la frontera para así dividir el poder de las tropas españolas.

De inmediato Teles dispuso realizar levadas de hombres, acopio de armamento y la planificación de un ataque sorpresa. Se festejaba por entonces la Semana Santa, coincidiendo con pleno mes de abril.

A pesar de ser fecha tan señalada en el calendario, desvinculándose de los cánones religiosos que abogaban no verter sangre durante aquellos días de tanto recogimiento litúrgico, los portugueses se decidieron ejecutar

la trama militar atacando al unísono en dos frentes, ubicados ambos en la Sierra de Gata. Los pueblos elegidos fueron Eljas, y Valverde del Fresno.

La vecindad de ambas poblaciones vivía con aparente tranquilidad. Salvo alguna correría menor, nadie presagiaba un ataque llevado a cabo por fuerzas militares de cierta consideración, ya que la propia orografía del terreno, muy montuosa, dificultaba la marcha de contingentes militares pertrechados con carruaje y artillería pesada. Además, en caso de máximo peligro, se contaba con la fortificación de Eljas como bastión para refugiarse y esperar envío de auxilio desde el resto de pueblos comarcanos.

Ante tales condiciones, encuentra poco fundamento que Fernao Teles y los suyos eligieran la sierra gateña para dar su primer golpe militar. Pero si analizamos con detalle el plan, no es muy difícil llegar a la conclusión de que, precisamente, gracias a ese ambiente de calma, aquellos dos lugares serranos eran una buena oportunidad para, sino obtener un suculento botín, si al menos lograr un éxito seguro que provocaría el grado de temor suficiente para cortar de raíz la escalada de pequeñas correrías que hasta entonces habían sido la pauta de la guerra. En definitiva, con todos los argumentos comentados, se trataba de asestar un golpe de mano de tal calibre que dejase sin respuesta al enemigo.

Con el objetivo señalado, se organizó todo lo necesario para el ataque. De este modo alistaron a la tropa en Alfaiates, dividiéndola en dos batallones. El primero de ellos fue liderado por el lugarteniente de Teles, llamado Sancho Manuel, quien con 300 infantes se dirigió a tomar Eljas; mientras, al frente del segundo grupo, se puso el propio Meneses, que marchó sobre Valverde.

El miércoles 16, cuarta feira en el calendario lusitano, las tropas unidas cruzaron la frontera dirigiéndose veloces hacia el Puerto de Santa Clara, desde cuyas alturas pudieron divisar perfectamente buena parte de la sierra gateña, teniendo a su izquierda las poblaciones de Eljas y Valverde. Había llegado el momento de entrar en acción.

El cerco sobre este último lugar, que sucedió al amanecer del mismo Miércoles Santo, quedó así referido por antiguos cronistas:

“...Tenían en ella los nuestros [el ejército castellano] una guarnición de cerca de mil soldados; pero como la guardia de una de las puertas, descuidada de la venida de los enemigos, estaba menos sobre aviso que de costumbre, bastó que se acercase a ella una compañía de portugueses, imitando primero el acento castellano para responder a la alerta, y oprimiendo después a aquellos soldados desprevenidos, para que los enemigos penetrasen dentro de los muros. Los demás soldados de la guarnición, que por la mayor parte dormían descuidados, despertaron al

ruido, y pensando que era algún motín de ellos mismos y de la gente del pueblo, acudieron desnudos y desarmados adonde estaban los enemigos, con que fueron sacrificados por ellos. Los enemigos, viéndose señores de la plaza, saciaban su furor en matar a los moradores indefensos, dándolo todo al hielro, al incendio y al saco. Y entre ellos los que más se señalaban por su furor, eran los aliados de Portugal, ingleses, holandeses y franceses, sobre todo los protestantes, que, en odio a nuestra religión, saqueaban y profanaban las iglesias. Al fin se retiraron los enemigos cuando, abrasada y destruida la población, y recogidos en ellas riquísimos despojos, no pudieron dejar hecho mayor estrago...”

La violencia de los portugueses lleno de temor a los valverdeños quienes, para poner fin a la embestida, consintieron en firmar un tratado mediante el cual se acomodaban rendir pleitesía al monarca lusitano Juan IV.

Muy cerca de allí, el maestro de campo Sancho Manuel, después de un duro combate, lograba rendir el castillo y villa de Eljas. Todavía se encontraban sus soldados repartiéndose el botín conseguido cuando recibieron la visita del general Fernao Teles, que después de haber dejado Valverde del Fresno bajo bandera portuguesa, pretendía retirarse a su cuartel para reponer fuerzas.

Reunidos los dos mandatarios con el resto de la plana mayor, y tras escuchar todas las opiniones, se decidió que el maestro de campo permaneciera atrincherado en el castillo lagarteiro con el fin de controlar, desde dicha posición, la comarca gateña. También acordaron que se le enviarían más soldados para reforzar los 300 que actualmente tenía Sancho a sus órdenes, y que en el caso extremo de que los castellanos intentaran reconquistar tanto Eljas como Valverde, Teles regresaría para ayudarle con más hombres y material bélico.

Con tales prevenciones el general se retiró a Penamacor, dejando a su lugarteniente acondicionando con todo lo necesario la torre de Eljas¹.

La noticia de la pérdida de los dos pueblos serragatinos se hizo rápidamente pública en toda la comarca; de hecho, la misma tarde del miércoles un vecino, tras eludir el cerco rebelde, lograba informar de lo sucedido al resto de pueblos serranos, cuyas autoridades enviaron a su vez emisarios a Ciudad Rodrigo, que era la plaza de armas más cercana.

¹ Las noticias indican que los portugueses liderados por Sancho Manuel construyeron dos pozos para obtener agua potable, así como un par de prensas manuales para moler el grano requisado a los habitantes de Eljas y Valverde. Aparte, recopilaron todo el alimento posible, el cual se almacenó en el castillo, dónde también encerraron a varias mujeres con el objetivo de que les sirvieran de ayuda en las tareas domésticas.

En la ciudad mirobrigense se hallaba residiendo el todopoderoso duque de Alba. Cuando fue informado del ataque, en un principio pensó no inmiscuirse, delegando cualquier responsabilidad sobre lo sucedido pues, en base a los límites de su jurisdicción, los dos pueblos conquistados no pertenecían a la misma y por lo tanto no estaba obligado a acudir en su defensa. Sin embargo, tras pensarlo mejor, teniendo en cuenta que dejar ambas localidades en manos del enemigo significaba dar seria ventaja a que éste ampliara su ataque a otros lugares próximos, que sí dependían directamente de su gobierno, se decantó por la decisión de enviar socorro con el que poder recuperar sendas villas. No obstante, a fin de evitar futuros problemas de competencia militar, el duque se puso en contacto con quien ostentaba en esas fechas la máxima autoridad del ejército extremeño. Esta persona era Juan de Garay que, aun residiendo en Badajoz, había tomado bajo su cargo la administración y cuidado del distrito serrano tras la marcha de Oñate. Gracias a las cartas remitidas por el de Alba, quedó informado Garay de lo sucedido, así como de las medidas adoptadas para remediar la grave situación.

Para entonces el clamor popular solicitando venganza contra el agresor, era enorme. Por ello no le fue difícil al duque reunir un gran número de soldados, a los que se fueron sumando otros grupos procedentes de Coria y varios pueblos de la misma Sierra de Gata. En total se cifró en 2.000 hombres los efectivos reclutados.

Dispuesto el ejército, se entregó su mando a los dos oficiales de mayor confianza. Los elegidos fueron Alvaro de Bivero y Juan Suárez de Alarcón, conde de Torresvedras; el primero al frente del cuerpo de infantes, y el segundo rigiendo la caballería. Con todo lo necesario, se pusieron en marcha la tarde del jueves, 17 de abril.

Mientras se procedía a la recluta y posterior organización de la tropa auxiliadora, en Eljas Sancho Manuel estaba comenzando a recibir algunos ataques llevados a cabo por los propios vecinos del lugar que, envalentonados, habían perdido el miedo inicial y trataban ahora de recuperar lo perdido. Pero el maestro de campo portugués, bien atrincherado en el castillo, consiguió repeler cualquier acción ofensiva, aunque en última instancia tenía presente la promesa que le hiciera Teles, concerniente a que si la situación empeoraba vendría en su auxilio lo más pronto posible.

Con este animoso designio, el oficial se dispuso a aprovechar al máximo el rendimiento de sus hombres, contando con la seguridad de su posición aventajada, por lo cual decidió no pedir aún socorro, esperando, durante las dos jornadas siguientes, que el ímpetu belicoso de los eljeños fuera disminuyendo hasta acabar por desaparecer cualquier conato de resistencia.



Torre del castillo de Eljas

Ese lapsus temporal fue el mismo que tardó la comitiva del de Alba en alcanzar su objetivo. Así pues, la mañana del sábado 19, después de una intensa marcha por veredas y trochas muy mal acondicionadas, llegaban a las puertas de Eljas los primeros soldados de auxilio que, con rapidez, fueron ocupando puestos frente al castillo dónde se refugiaban las milicias de Sancho Manuel. Durante el resto de la jornada continuó llegando más gente. Una vez que estuvo todo el grueso de tropa preparado, se dividió en cuatro compañías, y poco después comenzaron a disparar sobre la posición enemiga.

Mientras tanto el canal de comunicación abierto entre el norte y el sur extremeño había seguido dando sus frutos y así, en el transcurso de aquellos días, el correo llevo hasta Badajoz nuevas noticias de lo que sucedía en la frontera de la Alta Extremadura. Eran un conjunto de cartas enviadas desde diferentes pueblos que confirmaban lo ya anunciado por la original que el de Alba había puesto en manos de Garay. Ahora, con todos los datos en su poder, al responsable de armas pacense ya sólo le quedaba la opción de reunir suficiente tropa y encaminarla hacia Eljas, para agregarla a los hombres del duque y juntos recuperar las plazas pérdidas.

Con este objetivo se notificó a Guillermo de Burgo que formara una tropa de caballería y acudiera en socorro de los pueblos atacados. No obstante, en prevención de nuevas acciones del rebelde, se le advirtió que su primera misión debería ser reforzar la defensa de la comarca alcantarina, y sólo una vez asegurada ésta podría sumarse al intento de recuperación de Eljas y Valverde.

Asumiendo las órdenes recibidas, la tarde del domingo, día 20, salió Guillermo del castillo de Alburquerque con cinco compañías de jinetes y para no perder tiempo alguno, mientras él se dirigía directamente a la sierra, envió a un grupo de infantes, comandados por Alonso de Angulo, a la villa de Alcántara, con el fin de que aquí reunieran más gente a la vez que ponían en alerta al resto de pueblos comarcanos.

En este estado de cosas ya se contaban cinco largos días desde que los rebeldes habían tomado posesión del fortín eljeño, y aunque la gente del de Alba no dejaba de acosarles, parecía que los hombres de Sancho Manuel resistían a toda costa en su posición.

Efectivamente, en vanguardia del ataque castellano se encontraba un trozo de infantería formado por 500 soldados capitaneados por Antonio Corbalán y Cristóbal Gallego los cuales, usando incluso piezas de artillería de gran calibre, no conseguían dañar las fuertes murallas del castillo. Toda la táctica se limitaba a continuas escaramuzas, saldadas con la muerte de decenas de combatientes de los dos bandos. Uno de los fallecidos por parte rebelde era persona de consideración, pues las fuentes así lo señalan “*y uno de importancia y de gobierno, porque para llevarle à Lisboa se le hizo ataud*”.

Comprobando lo inútil del esfuerzo, acordaron Vivero y el Conde de Torresvedras un nuevo plan basado en dos fases. Primero “*...visto que no podía rendir la fortaleza sin un largo asedio, mandó que se levantasen trincheras todo en derredor y se hicieran todos los demás preparativos del caso...*”. Y en segundo lugar, para cumplir con un bloqueo efectivo era evidente que había de disponerse de más tropa. Así lo comunicaron al duque de Alba, quien sabiendo que Garay había mandado ya hombres al mando de Guillermo de Burgo, remitió un mensaje a éste oficial solicitándole que acudiese en apoyo de los sitiadores con la mayor prontitud. Únicamente obrando con urgencia había posibilidades de rendir al enemigo.

Mientras tanto, en el bando portugués, al observar la táctica de circunvalación castellana, entendió Sancho Manuel que se le complicaba en exceso su situación. Ya no tuvo dudas, y haciendo uso del acuerdo previo, envió una petición de socorro al general Teles. Había llegado el momento crucial. Aquello ya no era una simple acción de castigo popular, tal como se preveía al principio. Intuyendo lo peor, el maestro de campo dictó órdenes a sus subordinados: era necesario prepararse para aguantar el acoso durante el interín de tiempo que el general Teles tardara en enviarles la ayuda solicitada.

Todas las bazas estaban ya sobre la mesa. Dispuesta la planificación de ambos bandos, sólo quedaba esperar que, al menos, una de ellas obtuviese el fin esperado.

En el caso de Sancho Manuel todo quedaba pendiente de recibir socorro para poder levantar el cerco castellano y salir indemne de la sierra; para los de Alba también la solución pasaba por reforzar el ejército, que de esa forma obtendría victoria segura, recuperando las dos villas gateñas.

Por lo tanto la clave de aquella operación militar radicaba en la presteza y brevedad de movimientos de cada una de las tropas de auxilio que se esperaban por ambas partes. Quien más pronto amparara a los suyos, tendría clara ventaja para obtener el triunfo final.

La primera respuesta no tardó en llegar, protagonizándola Teles, que hizo un llamamiento general y comenzó a reclutar a todo aquel que pudiera empuñar un arma o cualquier otro instrumento válido para pelear. En el lado castellano Guillermo de Burgo obró de la misma forma, reuniendo en Alcántara a varias centenas de soldados y vecinos de los pueblos próximos. Al caer la noche del lunes, todas las tropas de refuerzo de cada coalición estaban ya listas para dirigirse hacia la sierra y ayudar a sus respectivas banderías.

Pero ahora, al margen del acontecimiento que acaparaba toda la atención y como consecuencia directa del mismo, se estaban generando nuevos problemas con los que nadie había contado hasta entonces.

El hecho es que, al haberse requerido la presencia de todo hombre útil, se corría el riesgo de dejar indefensos los lugares más próximos a la frontera, con todo lo negativo que ello significaba. Nadie había pensado en las contraindicaciones, ni que el momento fuera aprovechado para atacar en sitio diferente al que merecía todo el interés. Sin embargo, sí ocurrió lo que se daba por improbable.

Fue el caso de la milicia reclutada por el general Teles, que algunas fuentes se atreven a señalar constaba de 2.000 infantes². En su marcha hacia Eljas y buscando aumentar sus efectivos, pasaron por el lugar de Salvaterra do Extremo. Aquí, por el ímpetu vengativo de algunos de sus vecinos, tuvieron noticia de que la cercana villa española de Zarza la Mayor estaba prácticamente sin defensa, pues su guarnición había sido llamada por Guillermo de Burgo.

Envalentonados y con el deseo de tener gran oportunidad de saqueo, un grupo de 1.000 hombres pidieron a Teles permiso para atacar la población zarceña. Sin embargo fue sorprendente la protesta de un numerosísimo grupo de vecinos de la propia Salvaterra, que contradiciendo a sus paisanos más apasionados, hizo vacilar la ejecución del plan “... *viendo el vigario la gente ya por q^e le parecio poca, ya por q^e considero no le avian*

² Se organizó en tres escuadrones. No solamente estaba compuesta de tropa profesional, reclutada en las comarcas de Guarda, Covilha o Penamacor, sino que también incluía a muchos aldeanos y gente rústica que se les fue uniendo a medida que avanzaban hacia Eljas, alertados todos por los deseos de lograr un buen botín.

hecho mal la gente de la Carca, le dixo al general no la acometiese por que la Carca era lugar muy grande, de gente muy arriscada y tomada y muy atrincherados, que le degollarian los mil hombres... ”.

Se discutió acaloradamente la idoneidad de la pretendida acción y finalmente, apelando al buen juicio de los salvaterranos, el general lusitano abortó la escaramuza, prosiguiendo camino hacia la sierra. En las primeras horas de la tarde del martes, 22 abril, hacía su entrada en Valverde del Fresno.

Fue una noche larga para los habitantes de dicho pueblo. Los soldados portugueses, codiciosos y un tanto malhumorados por no haberseles permitido la algarada contra Zarza, requisaron todo el ganado y bienes que hallaron en las casas. Ante tantos desmanes, aprovechando la oscuridad reinante, fueron muchos los vecinos que optaron por huir. Prácticamente de madrugada, Valverde quedó en poder absoluto de los invasores.

La mañana siguiente causó mucho sobresalto en las poblaciones contiguas. Se había dado alarma de cómo la gente de Teles ocupaba, desde la noche anterior, todo el caserío valverdeño, así como los excesos cometidos en el mismo. Con tan negativas noticias, parecían apagarse las esperanzas castellanas de expulsar a la fuerza lusitana.

El desánimo fue aprovechado por los portugueses, que viéndose sin oposición y con sólo 200 soldados, tomaron la importante torre de Almenara, situada sobre un elevado promontorio, lugar inmejorable desde el que podía vigilarse toda la serranía y sus pasos estratégicos.

Dueños ya de buena parte de la sierra, los rumores apuntaban a que la siguiente conquista del portugués se centraría en el pueblecito de San Martín de Trevejo. Y no cabía duda de que el potente ejército reunido por Teles, si nadie lo remediaba, iba a conseguir fácilmente su objetivo. En las localidades de Cilleros y Cadalso, ya lo daban todo por concluido.

No estaban lejos de la verdad aquellas hipótesis, que se confirmaron a mediodía del miércoles 23, cuando, como primer paso para alcanzar su meta, Teles y los suyos pasaron a Eljas, dónde se encontraba Sancho Manuel rechazando los ataques de la gente del duque de Alba. La alegría del maestro de campo fue enorme al ver llegar, por fin, los refuerzos solicitados.

En el rostro de Vivero quedó marcada la impotencia. Enseguida comprendió que la dificultad ahora se ponía de su lado. Sin recibir aún la esperada ayuda de Guillermo, batirse con tan elevado número de tropa enemiga iba a ser tarea imposible.

Pese a su inferioridad, los castellanos intentaron sacar fuerzas de flaqueza. Sabían que tenían que ganar algo más de tiempo para que llegasen los socorros. Arriesgándolo todo a una sola carta, incrementaron la dureza de los combates, y así fue pasando toda la jornada, pero su suerte no cambió a mejor. Con la noche ya crecida y viendo que era inviable sostener la pelea, acordó el referido Vivero desalojar el puesto que ocupaba y retirarse a una posición mejor. Eligió para ello el mencionado pueblecito de San Martín de Trevejo, que se encontraba a poco más de media legua de distancia.

Mientras esto sucedía, Guillermo de Burgo, quien recordemos había salido de Alcántara con cerca de 400 caballos, proseguía su avance hacia Eljas recogiendo voluntarios forzosos en todos los pueblos de la ruta. Al pasar por Zarza la Mayor tuvo noticia de que el enemigo había pretendido escaramucear la villa el día anterior, y en respuesta *“...teniendo aviso que en salvatierra y su castillo avia grande cantidad de mercadurias, la quiso acometer con sus caballos, y la gente de la carca suplicaronle los vecinos no lo hiciese, porque no les estaba bien y para ello dieron sus raciones de pan, con las cuales se dexo de hacer...”*.

Descartada la acción de venganza, hizo alto el gobernador para que, por lo menos, descansara la tropa que llevaba consigo; pero llegando noticias de que Teles había logrado retirar a los castellanos del asedio a Eljas y que esto suponía que la batalla final estaba próxima, ordenó a su gente ponerse de nuevo en marcha, acelerando el paso. Así, en la madrugada del miércoles, después de dejar un retén de seguridad en Zarza la Mayor, llegaban todos los efectivos del irlandés a la localidad de Cilleros. Aquí recibieron nuevos datos de cómo la gente del de Alba había abandonado su posición y se encontraba acuartelada en San Martín, esperando recibir con urgencia el apoyo solicitado.

Guillermo de Burgo, ante lo difícil de la situación, hubiera querido adelantar más trayecto, pero al estar su milicia muy fatigada después de dos días de intensa caminata desde Alcántara, convino que lo mejor sería detenerse lo que restaba de noche para reanudar el viaje a la mañana siguiente. No obstante le pareció oportuno que él, acompañado de un grupo de jinetes, adelantara camino para ir a dormir en Villamiel, aldea situada entre Cilleros y San Martín, y en la cual sería informado más puntualmente de todo lo que aconteciere.

Siendo jueves, día 24, la campaña serrana amaneció totalmente en armas. Los avisos se habían multiplicado en las últimas horas, enviándose a todos los lugares de dónde pudieran mandar algún tipo de ayuda. Un

ejemplo son los que recibieron las ciudades de Coria y Plasencia, dónde sus capitulares acordaron tomar las medidas necesarias para ponerse en defensa. Así, el gobernador de armas placentino, Fernando de Cepeda, ordeno atrincherar la ciudad vallando algunas calles. También dispuso colocar hasta 28 cañones en puntos clave de la muralla.

Uno de los avisos más importantes que se cursaron esa mañana llegó a Villamiel. Se trataba de una carta de Nicolás de Ornalte, maestro de campo que gobernaba San Martín de Trevejo. En la misiva rogaba encarecidamente a Guillermo de Burgo llegase con la máxima prontitud pues, habiéndose confirmado la noticia sobre un ataque inminente del portugués, necesitaba toda la ayuda posible para rechazarlo. No hizo falta repetir el agónico llamamiento, ya que a lo largo de la jornada fueron entrando en San Martín todos los refuerzos solicitados.

Esa misma tarde también hubo movimiento en la tropa portuguesa. Teles y Sancho Manuel, conociendo los preparativos castellanos de ir juntando al máximo número de gente, decidieron trasladar su cuartel a las afueras de Valverde del Fresno, al pie del camino que conducía a San Martín, con el fin de prevenir un hipotético contraataque español.

San Martín de Trevejo era un pequeño caserío que constaba aproximadamente de quinientos vecinos. La mejor defensa que tenían era su excelente situación geográfica, en una ladera al pie del monte Jálama, uno de los picos más altos de toda la Sierra de Gata. Dentro del núcleo urbano existía, además, un pequeño castillete que era utilizado como aposento por el grupo de soldados que formaban la guarnición allí destinada y que, como hemos indicado anteriormente, capitaneaba Nicolás de Ornalte.

En aquella jornada tan decisiva para el futuro del pueblo, el grueso de ejército allí reunido recibió el apoyo de un puñado de valientes mañegos, que se ofrecieron voluntarios para pelear contra el agresor portugués.

Fueron transcurriendo las horas en un ir y venir constante de soldados y vecinos. Los defensores se afanaban en tareas de prevención. Se hizo reparto de armas y cada uno fue ocupando su posición en el terreno de batalla. La tropa de Guillermo tomó los lugares más elevados, situándose principalmente en un cerro orientado hacía el camino por dónde debían entrar los portugueses, es decir, dirección a Valverde, entorno al lugar que hoy ocupa la ermita de San Cristóbal. El maestre de campo irlandés, experto en estrategia militar, distribuyó sus batallones ocupando todo el otero, de tal forma que se formaron dos hileras de soldados tan tupidas que se antojaba imposible rebasarlas. Mientras tanto, en otros puntos estratégicos ubicados

en otras tantas eminencias del terreno que rodeaba San Martín, encontró refugio la infantería del duque de Alba; por último, los grupos de voluntarios y milicia local liderados por Ornalte se quedaron a pie de calle, parapetados en las barricadas levantadas a la entrada de la población. Con este planteamiento táctico, esperaron pacientes la llegada de los hombres de Teles.

La noche se pasó en un tenso estado de vela, pero no hubo mayor novedad. Antes de que despuntara el alba del viernes, 25, los centinelas más adelantados dieron aviso de que el enemigo ya estaba en disposición de atacar.

Efectivamente, el general portugués había planeado todo con sumo cuidado; no en vano, en esta acción se jugaba buena parte de su prestigio como oficial en jefe de la tropa, y por ello no estaba dispuesto a dejar ningún detalle al capricho de la providencia, que bien pudiera costarle cara recompensa.

Con tal fin, al llegar a las proximidades de San Martín, separó su ejército en dos líneas para poder rodear por tres flancos diferentes el pueblo. Realizada la operación envolvente, en torno a las 9 de la mañana se desató la batalla por conseguir conquistar la localidad mañega.

Durante la primera hora y media de combate, ni de una ni otra parte se adelantó posición alguna. Era clara la pretensión de los atacantes de entrar en la villa, pero observando que el ejército castellano les ofrecía tenaz resistencia desde los cerros próximos, cerrándoles el paso, desistieron de llevar a cabo su plan original. Desplegaron entonces una segunda alternativa, basada en el uso de la artillería. Al efecto, con tal sólo dos descargas de cañón, batieron las primeras casas del lugar.

Aprovechando el momento de confusión provocado por la espesa nube de pólvora, Teles ordenó que dos cuerpos de infantes, armados con mosquetes, adelantaran sus posiciones cubriéndose en los escombros de los edificios destruidos con la descarga anterior. Tuvo efecto la embestida, y los portugueses lograron hacerse un hueco en las calles adyacentes al fuerte, situado junto a la iglesia³. Para contrarrestar el ataque, Ornalte y sus hombres (500 mosqueteros) adelantaron sus puestos para ocupar una fila de casas que hacían frente al sitio ganado por los lusitanos. A base de valor, aguantaron bien el empuje atacante, perdiendo poco a poco el miedo, pues “las balas que tiraban no iban en balde”. Continuó la pelea durante largo rato, en el transcurso de la cual se luchó bravamente por ambas partes.

³ Actualmente esta zona está ocupada por la calle llamada *Entrada al Fuerte*.

En el fragor del combate, Guillermo del Burgo “...viendo que el enemigo imbestia, ordenó que 40 mosqueteros baxasen de las eminencias, que ocuparan a otras mas serca del enemigo, y travassen escaramussa con el primer esquadron que estava puesto, dando a entender que iva a socorrer la plaza...”. Así ocurrió, logrando que los rebeldes iniciaran su retirada, volviendo hacia la parte dominada por el convento de San Francisco, que era el lugar elegido por Teles para situar su campamento y dirigir la ofensiva.

Durante unos estresantes minutos pareció que todo quedaba en calma, pero en seguida se comprobó que no había tiempo para descansar pues, poco después, los portugueses retomaron el ataque con nuevos bríos, volcándolo otra vez sobre la misma zona de la que acababan de ser rechazados.



Panorámica de San Martín de Trevejo

Para aumentar la contundencia del avance usaron el apoyo de la caballería, que cubierta ahora por los olivares que rodeaban el pueblo, no tuvo demasiados problemas para acercarse y comenzar a prender fuego a las casas situadas en el arrabal.

Tanto ímpetu guerrero se vio recompensado, pues a base de garra y coraje, la infantería lusitana logró llegar hasta las inmediaciones de la iglesia, núcleo de la defensa de San Martín.

En esos momentos la situación para los castellanos se había vuelto tan adversa que todos opinaban que iba a ser francamente difícil expulsar al enemigo de su nueva ubicación.

Para complicar aún más las cosas, los hombres de Ornalte, que eran quienes más estaban sufriendo el acoso enemigo, comenzaron a presentar fatiga y escasearles la munición. Además, el fuego se propagaba con velocidad, dado que la mayoría de los edificios eran de madera. Las llamas, que se extendían por los laterales de la población, rodearon las posiciones ocupadas por los defensores, entre quienes empezó a cundir el pánico. Nicolás comprendió que estaba atrapado y que sólo un milagro podría sacarle de aquella crítica situación.

La jornada estaba ya muy avanzada, y el sol empezaba a declinar por el horizonte. Con la mitad del pueblo consumida por el fuego y la restante tomada por el ejército enemigo, era el momento idóneo para una decisión tajante que recondujera el caótico estado, haciendo factible conseguir la victoria final.

Guillermo de Burgo, encaramado sobre el cerro de la Arrociniega, desde el cual tenía una amplia perspectiva de todo lo que pasaba en el pueblo, no perdió un segundo más de tiempo. Llamó a junta a todos sus capitanes, con los que examinó las opciones posibles. Era evidente que su caballería estaba en clara desventaja respecto a la posición del rival y no era conveniente usarla para intentar rescatar a los sitiados, por lo tanto había que intentar una estratagema paralela que causara confusión en los portugueses, obligándoles a dejar el ataque.

Tras muchas consultas y disipar dudas, optó por recoger filas y marchar sobre Valverde, en forma tal que pareciera que se retiraba de la pelea, aunque lo que pretendía realmente era cortar el paso a los portugueses en el supuesto caso de que quisieran abandonar el campo de batalla para descansar.

El ardid comenzó a dar sus frutos pues los de Teles, al comprobar el movimiento de repliegue, creyeron que los castellanos marchaban en busca de refuerzos y temiendo que así fuera, tratando de evitar ser pillados entre dos líneas de ejército, iniciaron a su vez el abandono del cerco a San Martín.

Desde luego fue un momento de gran confusión no sólo para los atacantes, sino también para los defensores del caserío, pues la resolución adoptada por Guillermo, al tratarse de algo improvisado, era totalmente desconocida para Ornalte, quien al ver también la supuesta retirada de la tropa del maestre pensó que lo dejaban solo ante el peligro.

Falsa alarma. Ya todo lo había dispuesto el caballero irlandés a su modo. Con el fin de informar a su compañero de armas del plan, felizmente, en aquellos compases de angustia, llegó hasta la posición de Ornalte un

soldado enviado por De Burgo, llamado Juan Martín Garrido, perteneciente a la tropa de naturales reclutada en Zarza la Mayor. Fue quien le notifico el objetivo final que se pretendía alcanzar tras la aparente retirada⁴.

Conocedor de la verdad, quedo entonces Nicolás más tranquilo sobre lo que ocurría, atreviéndose a plantar de nuevo cara a los sitiadores. De este modo, mandó salir a sus soldados de las trincheras que ocupaban para perseguir a la milicia portuguesa que, acaloradamente, buscaba la salida de aquel supuesto atolladero.

Toda esta operación se realizó con prontitud, y en torno a las 7 de la tarde ya no quedaba portugués alguno en el campo de batalla, pues todos estaban huyendo hacia el castillo de Eljas, legua y media de allí, dejando atrás cerca de 300 soldados entre heridos y muertos.

La huida, a través de la espesura del monte, fue bastante caótica. Muchos deambularon casi toda la noche hasta conseguir alcanzar la frontera y entrar en Portugal; otros, sin embargo, tuvieron peor fortuna, pues cayeron en manos de los jinetes castellanos, que peinaban los contornos en busca de enemigos con los que saciar su sed de pelea.

Los pocos soldados que pudieron alcanzar Eljas fueron consolados por el retén de milicia que había quedado allí, vigilando el castillo. Repuestos algo de los sinsabores de la dura jornada, fueron rehaciendo filas mientras esperaban órdenes de sus superiores.

⁴ “...El año siguiente de 42, aviendo Don Alvaro de Abranches, General rebelde, fitiado, y apretado la Villa de San Martin de Trebejo con 5& infantes, y 700 cavallos, firviò la Zarça a fu socorro con 120 foldados debaxo la mano del Maestre de Campo D. Guillermo del Burgo; y en alguna manera fue caufa de que no fe perdieffe la Villa, el q no aviendofe ballado en toda nueftra gente quien metieffe vn pliego al Governador, y Sargento Mayor Iuan de Roa, fe ofreciò valerofamente Iuan Martin Garrido, foldado de la Zarça; y rompiendo por los ataques del enemigo, diò avifo del socorro, bolvió a nueftra gente, con que fe foftuvo la Villa...”



Teles y su maestre también habían llegado hasta el lugar. Tenían mucho que hablar sobre lo sucedido. Los planes se les habían trastocado y quedaban escasas posibilidades de resarcir la derrota sufrida.

Después de un análisis pormenorizado, teniendo en cuenta pros y contras, decidieron abandonar definitivamente su aventura, temerosos de que pudiera abrirse otro lance campal similar al ya acaecido. Sabían que desde Ciudad Rodrigo acababan de salir tropas de refuerzo al mando de don Bartolomé de Artiaga, trayendo dos piezas de artillería, bombas y munición menor, lo cual complicaba más aún la situación. La única solución razonable era retirarse, pero no de forma gratuita. Antes de marchar quemaron el pueblo lagarteiro, desmantelando por completo el castillo para que, al menos, no sirviera de refugio y atalaya a los vecinos. Era su definitiva tarjeta de visita a la comarca serragatina

La destrucción de la fortaleza fue motivo suficiente para que por la noche se tocara de nuevo el arma en la sierra. A pesar de la victoria, no podía bajarse aún la guardia. Afortunadamente, con las primeras luces del amanecer se comprobó que el peligro ya había cesado. La única huella de lo sucedido era la gruesa nube de humo que ascendía de las grotescas ruinas del castillo eljeño, perfectamente visible desde la lejanía.

Una vez que se confirmó la marcha del enemigo y que todo había vuelto a la calma, se procedió a evaluar y reponer los daños ocasionados.

Por la parte que le tocaba, Guillermo de Burgo hizo balance general. Era muy consciente de que la presencia de sus hombres había sido fundamental para levantar el cerco y lograr la retirada portuguesa, pero a pesar de ello se mostraba muy dolido en su honor militar porque la gente del duque de Alba, especialmente Nicolás de Ornalte, no había tenido la gentileza de agradecerle dicha ayuda; más bien al contrario, le recriminaron con dureza su tardanza en llegar, amen de otros aspectos menores.

No es de extrañar, por tanto, que ante tal actitud de desprecio surgieran rencillas personales entre los dos oficiales que habían dirigido la batalla en San Martín.

Estas desavenencias, lejos de quedar en algo meramente personal, afectaron de lleno al desarrollo de los acontecimientos en los siguientes días, sobre todo en lo relativo a la reorganización defensiva de la sierra. De hecho, Guillermo se negó a ceder algunos caballos que le había pedido previamente el duque con el fin de mandarlos de guarnición a varios

pueblos serranos. Se excusaba el maestro de campo aduciendo que para ello necesitaba recibir una orden directa de Juan de Garay.

Por supuesto que la negativa no fue bien acogida, sobre todo por Alba, que recriminó en público la decisión del caballero irlandés.

Ornalte no quiso tampoco mantenerse al margen. El asunto era una excelente oportunidad para demostrar sus razonamientos y vengarse de las calumnias que anteriormente había vertido contra él De Burgo; en este sentido sabía que contaba con el apoyo del duque, así que no dudó en sumarse a la acalorada discusión.

En fin, la tensión entre los tres militares fue tanta que para evitar males mayores Guillermo decidió abandonar San Martín de Trevejo y alojarse en Cilleros.

Mientras tanto los vecinos de los lugares atacados continuaron, poco a poco, retornando a sus hogares. Ahora, más allá de quejarse por las pérdidas sufridas durante el ataque portugués, estaba la imperiosa necesidad de rehacer el ritmo cotidiano de vida, y seguir encontrando una razón para defender lo poco que les había quedado. En definitiva, de continuar luchando para sobrevivir.

Lo más urgente era restaurar el castillo de Eljas, completamente arrasado y que, según informe de De Burgo, necesitaría bastante dinero y esfuerzo para rehabilitarse. No en vano la fortaleza había sido durante varios días el centro de los ataques. Precisamente en el patio interior se hallaron los cuerpos de un buen número de soldados portugueses, allí sepultados por sus compatriotas al fallecer durante la operación de asedio.

Aunque surgieron algunos problemas, como la escasez de medios y recursos para llevar a cabo los trabajos, los días fueron pasando sin mayores sobresaltos, recuperándose la normalidad que reinaba antes del ataque. En todo caso fue necesario que las tropas castellanas permanecieran en la zona por si el enemigo quisiera volver a intentar una nueva acción.

La estancia continuada de soldados no fue bien recibida por el vecindario serrano, pues si su estado ya era dramático, el hecho de tener que alojar a la tropa defensora en sus desvencijados hogares no mejoraba para nada la situación. Por eso se quejaron a las autoridades militares, quienes oídas sus lamentaciones y para hacer menos pesada la carga militar, dictaron orden de que la caballería del de Alba se acuartelase en Moraleja, lugar más espacioso pero muy cercano a la serranía, desde dónde sería fácil acudir en auxilio en caso de tocarse alarma.

Aquel mes de abril fue llegando a sus últimos días dejando tras de sí, como un poso, comentarios y murmuraciones sobre lo sucedido. El argumento principal era saber quien debía ser el responsable de la defensa del distrito serrano a partir de entonces: ¿Juan de Garay con su ejército extremeño, o el duque de Alba y su soldada mirobrigense? La experiencia había demostrado que las tropas enviadas por el primero, a pesar de haber resultado decisivas en la batalla final, no llegaron a la sierra hasta el último momento; en cambio, el auxilio liderado por la gente del noble Guzmán, sí había estado presente desde el instante en que se conoció el ataque portugués. Y todo porque la distancia que separaba la sierra del mando central de Badajoz era muy superior a la que había con el puesto de Ciudad Rodrigo, lo cual repercutía en que el sistema de comunicación y avisos fuera más lento para el primer caso que en el segundo.

Muchas fueron las cartas que los dos dirigentes enviaron a Madrid, con intención de que el Consejo de Guerra las estudiase para encontrar una solución al conflicto planteado. Garay era el más interesado en que la serranía gateña quedase agregada al distrito mirobrigense pues, desde que tomó el mando del ejército, aquella zona había sido más un impedimento que un beneficio, sobre todo por la ya citada lejanía para acudir presto a las llamadas de socorro. El de Alba, aún con ciertas reticencias, se mostró dispuesto a aceptar aquella jurisdicción. Por lo tanto, con un entendimiento por ambas partes, sólo quedaba esperar el refrendo positivo del Consejo. Pero sus ministros no estuvieron de acuerdo con la propuesta, manteniendo que era más idóneo seguir como hasta entonces, es decir, Sierra de Gata debía continuar dependiendo del gobierno de Badajoz.

Al margen de las discrepancias de mando, el paso del tiempo y el modo en cómo se fue desarrollando la vida en la serranía, dio validez a uno de los argumentos que movieron al general portugués Teles a lanzar su ofensiva, esto es, causar miedo y, en consecuencia, frenar posibles ataques castellanos.

Hasta tal punto había calado el temor que bastaba un ligero aviso, por infundado que fuera, para poner en alerta máxima a toda la comarca. No es de extrañar, por tanto, que desde la propia sierra y hasta alcanzar la plaza de Alburquerque, se viviera el día a día sumido en una profunda crisis de pánico y ansiedad. De hecho, pocas semanas después, don Pedro Gíl de la Cofera, que asistía como Contador del partido alcantarino, señalaba que se habían repartido armas y munición en todos los pueblos,

y que la misma plaza de Alcántara, a pesar de contar con la defensa del río Tajo, estaba mejorando sus fortificaciones para resistir una hipotética ofensiva enemiga.

* * *

Así termino el episodio inaugural de aquella campaña militar de primavera, año 1642. Fue el inicio real de la guerra en Sierra de Gata. Un suceso que, por ser el primero y de tan grave magnitud, dejo profunda huella en el recuerdo. Pero no fue el único. Muchos otros tomaron el relevo.

Hasta alcanzar el 13 de febrero de 1668, fecha en que se firmo la paz entre España y Portugal, los vecinos serragatinos hubieron de soportar continuamente la violencia militar de uno y otro bando. Eljas, Valverde y San Martín, como hemos narrado, ya habían sufrido seriamente las consecuencias, y no sería la última vez que conocerían el horror de la contienda.

Pero esas, son otras historias.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

Bibliotecas y archivos

Archivo General de Simancas (Valladolid).
Archivo Torre do Tombo (Lisboa).
Biblioteca Nacional (Madrid).
Instituto de Historia y Cultura Militar (Madrid).

Bibliografía consultada

- CARO DEL CORRAL, Juan Antonio: “La frontera cacereña ante la Guerra de Restauración de Portugal: organización defensiva y sucesos de armas”, en *Revista de Estudios Extremeños*, tomo LXVIII, nº 1 (Badajoz, Diputación Provincial, 2012), pp. 187-226.
- CORTÉS CORTÉS, Fernando: *El Real Ejército de Extremadura en la guerra de restauración de Portugal, 1640-1668* (Cáceres, Universidad de Extremadura, 1985)
- ERICEIRA, conde de: *História de Portugal Restaurado. Edição anotada e prefaciada por Antonio Álvaro da Silva Dória* (Porto, Livraria Civilização, 1945-1946).
- ESTEBÁNEZ CALDERÓN, Serafín: *De la conquista y pérdida de Portugal* (Madrid, imp. Pérez Durrull, 1885).
- GARCÍA BARRIGA, Felicísimo & GONZÁLEZ DE LA GRANJA, María Estela: “La frontera atacada, la frontera defendida: la Sierra de Gata (Cáceres) y la guerra de Secesión de Portugal”, en *XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Granada, 9-11 junio de 2010. Actas y Ponencias (Granada, Universidad de Granada, 2012), Vol. II, pp. 1009-1025.
- MORENO RAMOS, Jesús: “La Sierra de Gata en la guerra con Portugal (1640-1668) Análisis de dos documentos inéditos”, en *Alcántara*, nº 34 (Cáceres, ICB, 1995), pp. 49-76.
- NAVAREÑO MATEOS, Antonio: “Moraleja y los castillos de la Sierra de Gata”, en *Ciudades y núcleos fortificados de la frontera hispano-lusa. El territorio de Extremadura y Alentejo. Historia y patrimonio* (Cáceres, UNEX, 2007), pp. 27-45.
- ROL BENITO, Antonio Luís: *La guerra de restauración portuguesa en la Sierra de Gata. Consecuencias demográficas* en XXXII Coloquios Históricos de Extremadura (Trujillo, CHDE, 2004) pp. 531-548.
- VELO NIETO, Gervasio: *Escaramuzas en la frontera cacereña con ocasión de las guerras por la independencia de Portugal* (Madrid, 1952).